BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

VALOR DEL TIEMPO Y DEL SILENCIO

El tiempo vale más que el oro y el silencio dignifica y eleva

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34
41003 SEVILLA

Con licencia eclesiástica
ISBN 84-7656-154-7
Depósito Legal: B. 23.864-89
GRAFICAS GUADA, S.A.
C/. Gallo, n.º 6
08950-ESPLUGUES
(Barcelona)

PRESENTACION

He hablado ya algo sobre el tiempo y sobre el silencio en algunos de mis libros, mas pareciéndome que estos dos temas son de suma importancia, he creído oportuno recopilar y ampliar varias de las ideas que tengo diseminadas sobre ellos y ofrecerlas a mis lectores, para que las tengan más a mano y les sirvan de puntos de reflexión y meditación.

El que sabe apreciar el valor del tiempo, no lo desperdiciará jamás, antes bien sabrá aprovechar debidamente todos los momentos de vida que Dios le conceda, ya que vivimos una sola vez..., y al ver como la Sagrada Escritura y Santos Padres de la Iglesia alaban también el silencio, y que es considerado un medio precioso para su formación, procurará observarlo bien por cuanto él le proporciona un clima ideal para la vida de recogimiento, de estudio y de oración.

Los pensamientos que aquí voy exponiendo son dichos de la Escritura, Santos Padres de la Iglesia, y de los tomados de «Tesoros de Cornelio a Lápide»...

La reflexión constante sobre los expuestos en este libro, espero nos ayuden a todos, a mí el primero (porque también he faltado en muchas cosas) y a cuantos lo lean, a aprovechar lo mejor posible el tiempo y hablar rectamente, teniendo presente el dicho del Espíritu Santo: «Hay tiempo de callar y tiempo de hablar».

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Zamora, 1 enero 1989

1ª parte

VALOR DEL TIEMPO

¿Qué es el tiempo?

1

La Sagrada Escritura nos dice que «el tiempo es breve» (1 Cor.7,29) y lo compara al *humo* que aparece en un momento y al punto se disipa (Sant.4,14), y también lo compara a una *gota de rocío* que al levantarse el sol se evapora, a una flor que se marchita...

«El hombre, dice también el salmista, pasa como una sombra y por eso se agita en vano; amontona tesoros y no sabe para quién allega todo aquello» (39,7). «Mucho parece el humo cuando sube; si le sigues con la mirada, se disipa. Así es la vida; cuando está floreciente, la extingue una sencilla fiebre» (S. Buenaventura).

2

¿Qué es el tiempo? No es tan fácil dar una definición de él. San Agustín contesta: «Si nadie me pregunta, lo sé; pero si quiero explicarlo al que me pregunta, no lo sé. Lo que sí digo sin vacilación es que sé que si nada pasase, no habría tiempo pasa-

do; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro; si nada existiese, no habría tiempo presente. Pero aquellos dos tiempos, pretérito y futuro, ¿cómo pueden ser, si el pretérito ya no es y el futuro todavía no es?

Y en cuanto al presente, si fuese siempre presente y no pasase a ser pretérito, ¿cómo decimos que existe éste, cuya causa o razón de ser está en dejar de ser, de tal modo que no podemos decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser? (Conf.1.2,c.14).

Como podemos ver la esencia del tiempo consiste en pasar, es decir, en perecer constantemente...

3

El tiempo ¿es algo externo o interno a las cosas? Muchos opinan que es algo interno a las mismas y como una propiedad suya, pues la razón de haber tiempo es porque hay cosas, y en el momento de dejar de ser mudables, si pasasen a estables, cesaría el tiempo. Y así dice la Escritura hablando de Dios: «*Tus años duran por todas las generaciones. El cielo y la tierra, obra de tus manos, van pasando, mas tú permaneces, Tú siempre el mismo, mientras todo envejece como un vestido... Tú siempre el mismo, tus días no tienen fin*» (Sal.102,27-29).

Dejándonos de disquisiciones filosóficas, lo cierto es que pasamos con el tiempo o el tiempo con nosotros. Los años pasan y se suceden... «*Una generación pasa, y otra le sucede*», dice el Eclesiastés (1,4).

4

El Papa Pablo VI, poco antes de morir, nos habló así del tiempo con palabras sabias. «El tiempo, dijo, es la medida de los acontecimientos que se suceden. Es la medida de la vida presente, una vida que infunde temor, porque nos hace ver que el ayer no existe ya, que el mañana no existe todavía, que no existe más que el hoy; es más: existe tan sólo el instante presente».

Vivimos tan sólo sobre un puente movible o un sólo instante fugitivo. Y esto nos lleva a vivir en razonable intensidad este instante actual, del cual somos únicos dueños, en el cual se da la única experiencia nuestra de la vida presente.

5

Esto nos enseña el valor del tiempo, nos enseña a no perderlo, a emplearlo en cosas útiles y buenas, en cosas que dan sentido a la vida, su valor. Cada hora es preciosa, cada día es único, cada año vale por sí.

¿Por qué vivimos? Vivimos en esta forma fugaz y efímera, para alcanzar una forma de vida plena y permanente: la vida eterna. Esta vida de hoy, si bien instantánea y pasajera, condiciona la vida del futuro más allá de la jornada temporal. Es una vigilia, una prueba. El Señor nos exhorta a aprovecharnos de nuestra jornada terrenal para alcanzar aquella otra sin ocaso.

6

Al comenzar el año 1972, el 1.º de enero dijo también Pablo VI: «Nuestros votos por el año nuevo: que sea bueno, activo, feliz; que no pase un día sin el cumplimiento, al menos, de una obra buena; que no venga la noche sin que la conciencia juzgue y rectifique nuestra tarea. Debemos progresar, no distraídos e inconscientes, sino como gente que piensa su camino, como dice Dante. Así, hermanos, que María la estrella de mañana, oriente y haga bueno, feliz el año que comenzó».

7

El tiempo es una escena de teatro

En esta escena se cuentan las fábulas de esta vida: los hombres son los actores; entran y salen, y el lugar del teatro es la tierra... En esta escena hay dos puertas, la del nacimiento y la de la muerte. Cada actor desempeña un papel; el que representa un rey, deja muy pronto sus vestidos de púrpura, y lo mismo sucede con los demás. Esta comedia acaba en seguida; ¡Dios quiera que no termine sino en horrible tragedia!...

8

«Palacios, quintas de recreo,udades, casas, tierra, oro y plata, decidme, ¿cuántos dueños habéis ya tenido? ¿Cuántos tendréis todavía? Decidme: ¿en dónde está Salomón, tan sabio; Sansón,

tan fuerte; Absalón, tan hermoso; Cicerón, tan elocuente; Aristóteles, tan entendido; Alejandro, tan gran conquistador, y César Augusto, monarca tan poderoso? ¿En dónde están hoy todos aquellos amigos, aquella abundancia de cosas, aquellos hombres mirados como oráculos, aquellos ejércitos fuertes y numerosos, aquella multitud de nobles, de caballeros, de príncipes y de hombres ilustres? En un abrir y cerrar de ojos, todo ha desaparecido. ¡Oh pasto de gusanos! ¡Oh gota de rocío! ¡Oh vanidad! ¡Oh nada!...» (C.A. Lápide).

9

«¿Qué es nuestra vida? Un vapor que se desvanece», dice el apóstol Santiago (4,15). El tiempo es un vapor, un soplo, un viento ligero...

El tiempo es el juguete de la fortuna, el despojo del hombre, la imagen de la inconstancia, el ejemplo de la debilidad, la mansión de la envidia y de los pesares. El tiempo se representa también por la burbuja de jabón que hacen los niños jugando, y que desaparece de repente. Ninguna solidez, ninguna consistencia, perpétuo movimiento. El tiempo es móvil como todo lo que contiene. Es como una ficción, un sueño que pasa despertando en la eternidad. El tiempo es primero una tumba, luego una flor, y de nuevo otra tumba...

«El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias; brota como una flor y se marchita (Job 14,1). *El paso de una sombra es nuestra vida»* (Sab.2,5).

10

Todo es sombra en el tiempo, todo es sueño, comenta San Juan Crisóstomo, y San Gregorio Nazianceno dice: «El tiempo está lleno de miserias y sufrimientos. Las riquezas son engaños; todas las grandezas no son más que sueños; sólo se ven en todas partes sacrificios de cada momento, pobreza, hambre, quejas, lágrimas, pesares y dolores. La juventud no es nada, y la vejez está llena de achaques. Las palabras se las lleva el viento, la gloria no es más que humo, la nobleza una sangre envejecida; la fuerza es común con el jabalí; la sociedad es tan sólo agitación, y el matrimonio es una cadena y una esclavitud.

El tiempo es una madre rodeada de numerosa familia, a saber, los cuidados, las pérdidas, las enfermedades, los vicios, la debilidad, el trabajo y los sudores; todo es penoso en el tiempo, el temor, las risas y las lágrimas; todo es fruslería sombra, viento, vapor, insomnio, sueño, oleadas, cosas transitorias, vestigios, polvo que ciega al universo, levanta un torbellino y desaparece (C. A. Lápide).

11

¿Qué es la vida del tiempo? El sueño es parecido a la muerte; la infancia es la vida de un ser privado de razón. ¿Cuánto tiempo quisiera yo haber borrado de mi adolescencia? Y cuando tendré más años, ¿cuánto todavía? ¿Qué podré, pues, contar? Porque todo esto no es vida, dice Bossuet. ¿Contaré el tiempo en que he tenido algún contento?

Pero ¿dónde hallarlo? Si descuento el sueño, las enfermedades, las inquietudes, etc., de mi vida, ¿qué hallaré?

Pero aquellas alegrías, ¿las he tenido juntas? ¿las he tenido de otra manera que por pequeñas partes? Y además, ¿las he tenido sin inquietud? Y no habiéndolas disfrutado a la vez, ¿las he disfrutado al menos una tras otra? Mas ¿qué queda de los placeres lícitos? Un recuerdo inútil. ¿Y de los placeres ilícitos? Un sentimiento, una obligación a la penitencia o al infierno...

12

Después de esto ¿podremos estar enamorados del tiempo? En vano, dice San Agustín, queréis manifestaros amantes suyos. Este dueño infiel os grita cada día: Soy feo y desagradable; y le queréis con ardor. Os grita: soy rudo y cruel; y le abrazáis con ternura; le detestáis, puesto que le perdéis, amándole a él sólo. Os grita: Soy ligero y volátil, y sólo a él os aficionáis.

El tiempo es sincero, confesándoos francamente que no estará mucho con vosotros, y que pronto os faltará como un falso amigo en medio de vuestras empresas; y sin embargo vosotros confiáis en él, como si fuera muy seguro y fiel a los que en él confían... Mortales, desengañaos, ya que no dejáis de atormentaros, y tantas cosas hacéis para morir un poco más tarde. Dedicaos más bien, dice el mismo santo Doctor, en hacer algo para no morir nunca.

13

Deduciendo de la vida la infancia y el sueño, en que no tenemos conocimiento de nosotros mismos; las enfermedades en que no vivimos, y todo el tiempo perdido o mal empleado, ¿queda algo, sobre todo en comparación de la eternidad? Pues si el tiempo comparado con el tiempo se reduce a nada, hasta comparado con la vida de los hombres anti-diluvianos, ¿qué será si comparamos la vida con la eternidad, en que no hay medida ni término?

Contemos, pues, como nada lo que tenga fin, puesto que al cabo, aunque se multiplicasen los años de nuestra vida más allá de todos los números concebidos, visiblemente nada sería el tiempo para nosotros al llegar el término fatal. Así, pues, ya que el tiempo no es nada, es preciso que nos desprendamos de él uniéndonos tan sólo a Dios que es eterno...

14

¡Cómo pasa el tiempo!

El tiempo pasa rápidamente, él trae presto la vejez, la decrepitud, la muerte, el fin de todo... El nos trae a nosotros al mundo, y pronto también nos hará desaparecer de él... «El tiempo, dice San Agustín, no es más que una corrida hacia la muerte. Morimos cada día, porque cada día perdemos una parte de nuestra vida; creciendo decrecemos, y partimos con la muerte el día que creemos disfru-

tar por entero. Así, al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida».

De la tumba voy a la tumba, dice San Gregorio Nazianceno, es decir, del seno de mi madre, que es una verdadera tumba, corro a la muerte. Así, pues, es preciso vivir para la eternidad... «En un instante todo pasa, dice San Ambrosio, y muchas veces la gloria del siglo ha desaparecido antes de haber llegado. ¿Qué puede haber de estable en el siglo, si los mismos siglos dejan de ser?».

15

Los Santos Padres nos siguen dando lecciones. «Acordémonos de que el tiempo es corto, y de que el juicio de Dios está a la puerta», dice San Juan Crisóstomo, y de San Gregorio Magno es este pensamiento: «Nuestra vida se parece a un navegante, que ora está de pie, ora sentado y anda empujado por los vientos. Tal es nuestra vida; ora velamos, ora durmamos, ya guardemos silencio, ya hablemos o nos paseemos; querámoslo o no, cada día y cada instante nos acercamos al término de nuestro viaje».

«El aspecto de este mundo pasa rápidamente» (1 Cor.7,31). Y como dice el poeta: «El día actual pasa e ignoramos si veremos la luz del día siguiente; ¿será un día de calma o de trabajos? No lo sabemos. Así pasa la gloria del mundo».

16

¡Oh hombres ciegos, que mañana debéis morir y tal vez hoy, andad ahora, no tratéis más que del bien de vuestra familia, no penséis más que en obtener títulos, en construir casas, palacios, ciudades, fortalezas! ¿Os creéis eternos? ¡Mañana moriréis! La muerte cerrará vuestro último acto, y acabarán los honores, las riquezas y los placeres; la avaricia no hallará ya lugar, y todas las codicias quedarán apagadas para siempre...

El tiempo huye, dice Séneca, y abandona al que le persigue con ardor. El porvenir no me pertenece, y el pasado no es mío; depende del momento presente, que ya ha dejado de existir. Somos arrebatados de la misma manera que las aguas de un río; todo lo que vemos, desaparece con el tiempo; nada queda inmóvil. Mientras trato de cambiar algo, yo mismo me veo ya cambiado.

17

«Dentro de poco tiempo he de abandonar esta tienda de mi cuerpo», dice el apóstol San Pedro. ¿Qué es la vida más larga? La vida más larga tiene setenta u ochenta años, y posee la experiencia. Si vivimos más tiempo, propiamente no es vida lo que tenemos, sino achaques y una larga muerte. Y ¡cuántos hombres no llegan a aquella edad!... Y ¿qué son ochenta y aún mil años comparados con la eternidad? «Dormís, y el tiempo que se os ha concedido, pasa», dice San Ambrosio.

Oh Dios mío, exclama el salmista, *«hacer vol-*

ver al hombre al polvo diciendo: «¡Volved, hijos de Adán!». Porque mil años son a tus ojos; como una vigilia de la noche. Los arrebatas; son como un sueño mañanero, como hierba que se marchita: a la mañana florece y crece, a la tarde se deshoja y se seca» (90,3). La vida es más breve de lo que juzgamos. ¿Has pensado que el sueño resta la vida? Dale «el necesario» al cuerpo, ¡sólo el necesario!... El demasiado sueño, además de restar la vida, la corrompe... Lo cómodo y muelle afemina y enerva.

18

¿Cuándo reconoceremos de buena fe que el tiempo es corto y que se escapa? Los días se ahuyentan unos a otros. El tiempo pasa rápidamente, y de este tiempo tan rápido no hay ni un instante cierto.

La vida humana, dice Bossuet, es semejante a un camino cuyo término es un horrible precipicio: nos lo advierten desde el primer momento; pero la ley está pronunciada, y es preciso avanzar siempre. Yo quisiera retroceder; pero me es preciso andar, andar. Un peso invencible nos arrastra, y es preciso avanzar siempre hacia el precipicio. Mil contratiempos, mil penas nos fatigan y nos inquietan en el camino. ¡Si a lo menos pudiese evitar aquel precipicio horrible! No, no, es preciso andar; es preciso correr: tal es la rapidez de los años...

«Mi vida es un soplo, dice el santo Job. *Mis cortos años están contados, y ando un camino por el cual no volveré nunca»* (16,23).

19

El tiempo es corto; y si no dejáis el mundo, él os dejará: no queda pues, otro medio, como dice San Pablo, que *el que tiene mujer, viva como si no la tuviera, y los que lloran, como si no llorasen, y los que se regocijan, como si no se regocijasen, y los que hacen compras, como si nada poseyesen, y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él; porque la escena o apariencia de este mundo pasa rápidamente* (1 Cor.7,29-31).

¿Por qué querer vivir en lo que es transitorio? El tiempo que hemos vivido ya ha pasado, y el que nos queda de vida pasará en breve y pasará ¡para siempre! Piensa en esto: ¡Se vive una sola vez! ¿Por qué, pues, no pensar en deshacer errores y en evitarlos?

20

El tiempo nos engaña

El tiempo nos sorprende, y por lo mismo es preciso velar. Dios ha dispuesto de tal modo el curso imperceptible del tiempo, que no sentimos ni su fuga, ni su huida, ni los robos que nos va haciendo; de manera que la última hora siempre nos sorprende. Es preciso aquí conocer esta ilusión engañosa del tiempo, y la manera que tiene de burlar nuestra débil imaginaciín.

El tiempo, dice San Agustín, es una pequeña imitación de la eternidad. Esta siempre es la misma, dice Bossuet. Lo que el tiempo no puede re-

medar por su constancia, trata de imitarlo por la sucesión. Si nos quita un instante, nos da sutilmente otro parecido que nos impide echar de menos el que acabamos de perder. Así es como el tiempo nos engaña, ocultándonos su rapidez; tal vez en esto consiste también aquella malicia del tiempo de la que el apóstol San Pablo nos advierte con estas palabras: «*Rescatad el tiempo, porque los días son malos*» (Ef.5,16), es decir, engañosos y pérfidos.

21

El tiempo, ciertamente, nos engaña siempre, porque, aunque varía sin cesar, nos manifiesta casi siempre el mismo rostro, y el año que ha pasado, parece renovarse en el siguiente. Sin embargo, nos descubre al fin toda su impostura.

Las arrugas de nuestra frente, los cabellos canosos, las enfermedades, demasiado nos hacen notar que una gran parte de nuestro ser está ya perdido y sepultado. Pero en tan grandes cambios, el tiempo afecta siempre alguna imitación de la eternidad, porque, como es propio de la eternidad conservar las cosas en el mismo estado, el tiempo, para parecerse a ella, nos va despojando poco a poco, y nos lleva a los extremos opuestos por una pendiente tan dulce y de tal manera insensible, que nos hallamos comprometidos en medio de las sombras de la muerte, antes de haber pensado debidamente en nuestra conversión.

Ezequías no sintió como pasaban los años, y en el cuadragésimo creía que acababa de nacer

(Is.38). Ha cortado el hilo de mis días cuando no hacía más que empezar. Así es como la malignidad engañosa del tiempo hace que caigamos de repente y sin pensarlo entre las manos de la muerte. No sentimos nuestro fin más que cuando a él llegamos.

22

Los falsos deleites, tras los cuales corren con furor los ignorantes mortales, ¿qué son después de todo sino una ilusión que dura muy poco? Al punto que este primer ardor que les presta todo el agrado se apaga un poco, los más entusiastas para gozar se admiran las más de las veces de haber aspirado tan vivamente a lo que deja en su corazón un vacío tan grande. La edad y la experiencia nos demuestran cuán vanas son las cosas que más habíamos deseado; y aún estos placeres tal como son, ¡qué raros son en la vida!

¿Qué alegría podemos experimentar en que el dolor no venga a turbarla? Pero concedamos a los frenéticos amantes de este siglo que lo que aman es digno de ser amado: ¿cuánto dura esta felicidad? Huye, huye como un fantasma que después de habernos dado cierto contento mientras ha permanecido con nosotros no deja más que turbación al marcharse.

La vida ha de abandonarnos como un falso amigo en medio de nuestras empresas. Allí todos nuestros hermosos designios caerán por tierra; allí se desvanecerán todos nuestros pensamientos.

23

Los ricos de la tierra que gozan durante esta vida con la ilusión de un sueño agradable, imaginándose tener grandes bienes, quedarán sorprendidos de verse con las manos vacías al despertarse de repente en aquel gran día de la eternidad, como dice el salmista (76,6).

La muerte, esta fatal enemiga nuestra, arrastrará consigo en el olvido y en la nada todos los placeres, todos los honores y riquezas. ¡Ah! no hablamos más que de pasar el tiempo, y el tiempo pasa en efecto, y pasamos con él; y lo que pasa respecto de nosotros, por causa del tiempo que corre, entra en la eternidad que no pasa nunca...

Pensemos que el tiempo es un hospital, una cárcel, y no tiene más que una puerta de salida, que es la muerte. Todos los hombres están encerrados en esta cárcel, y todos salen por la misma puerta...

24

Muy poca cosa es el hombre, y todo lo que tiene fin es también muy poca cosa. Tiempo vendrá en que aquel hombre que os parece tan grande no ha de existir, no será nada. Por más tiempo que estemos en el mundo, aunque estuviésemos mil años, llegaríamos al fin a este término.

Entro en la vida con la ley de abandonarla: vengo a representar mi papel: vengo a ponerme en evidencia como los demás, y después he de desaparecer.

Veo a algunos que pasan delante de mí, y otros me verán pasar. Mi vida es corta, sin la seguridad de un instante, porque la muerte no me deja nunca; está en mi sueño, y cuando despierto, y en mis viajes, y en mi alimento, y en mis edades.

Mi vida es corta, y está siempre amenazada de la muerte. Mi vida es corta; y ¡cuánto tiempo ha habido en que yo no existía! ¡Y cuánto tiempo habrá en que no existiré! ¡Y qué poco lugar ocupé en este gran abismo de los años! «El hombre nace, vive un momento y muere, y con su muerte cede su lugar a otro que pronto morirá también» (S. Agustín).

25

Precio del tiempo

El tiempo hace sabios y santos, pues con él, bien empleado, se adquiere ciencia y virtud. ¡Grande es el valor del tiempo! El tiempo, dicen los ingleses y todo comerciante, es oro, porque con él se adquieren riquezas; mas para el cristiano el tiempo es más que el oro. El tiempo tiene un precio infinito por ser la moneda con la cual hemos de comprar el cielo.

El tiempo bien empleado nos pone en posesión de Dios; pero hemos de pensar que si en un momento podemos ganar el cielo y al mismo Dios, en un solo momento también podemos perder el cielo y a Dios, y precipitarnos en la eterna desdicha. De un momento bien o mal empleado depende nuestra eternidad feliz o desgraciada.

Y si un solo momento tiene tanto precio, ¡qué precio no tendrán las horas, los días, las semanas, los meses, los años y toda la vida del hombre! Así, pues, la sabiduría suprema consiste en hacer un buen uso del tiempo, así como perderlo es una suprema locura...

26

¿Queréis saber cuán precioso es el tiempo? ¿Queréis conocer su valor? Preguntadlo a los hombres réprobos, a los condenados; darían todas las riquezas, mil vidas, y se creerían infinitamente felices con sufrir todos los tormentos, toda especie de martirios y mil muertes, si a tal precio pudiesen tener un año, un día, una hora, un solo instante para poder salir del infierno y conquistar el cielo. Se entregarían a penitencias de un gran rigor... y lo mismo harían las almas del Purgatorio...

Preguntadlo a los bienaventurados en el cielo; y os dirán: ¡Oh felices mortales! si supieseis el precio del tiempo, cuántos méritos podríais conseguir, y qué bien lo emplearíais! ¡Oh, si nos fuese lícito volver al tiempo para merecer más, compraríamos una hora con los más duros suplicios!...

27

El tiempo es el mejor médico para todos los males. El tiempo aplaca la ira, el odio y la concupiscencia... El tiempo descubre los secretos y pone en claro la verdad oculta... El tiempo nos da experiencia, consejos, prudencia...

El tiempo apreciado en sí mismo por horas,

días y años, no es nada; péro, considerado como medio de llegar a la eternidad, al goce de Dios por la gracia, y sobre todo por la gloria, es de un precio inestimable. El tiempo no es nada en sí mismo, y sin embargo todo se pierde al perderlo, porque este tiempo que no es nada, es un paso fijado por Dios para llegar a la eternidad.

Por esta razón dijo Tertuliano: El tiempo es como un gran velo y una gran cortina colocada delante de la eternidad para ocultárnosla. Para ir a esta eternidad es preciso descorrer este velo. El buen uso del tiempo es el que nos da derecho a lo que está más allá del tiempo. Todos los momentos, tomados en sí mismos, son menos que un vapor y una sombra; pero, considerados como camino de la eternidad, tienen, según San Pablo, un peso infinito (2 Cor.4,17). ¡Oh momento, del que depende la eternidad! ¡Oh eternidad, que depende de un momento!

28

Lo que hacemos en el tiempo, va con el tiempo a la eternidad, en tanto que el tiempo está dominado por la eternidad y a ella conduce. No gozamos de los placeres más que en el momento de su paso; y aunque es muy cierto que pasan, hemos de dar cuenta de ellos como si fuesen permanentes.

No es bastante que digamos: Ya han pasado; no pensaré más en ellos... Han pasado, sí, para nosotros; pero no ante Dios, y nos pedirá estrecha cuenta de ellos... A nuestro gran Dios plugo, para

consolar a los míseros mortales de la pérdida continua de su ser por el tiempo que irreparablemente desperdician, que este mismo tiempo que se nos escapa y nos aniquila, fuese un paso para la eternidad.

Compremos, pues, con el tiempo las incomparables riquezas de la bienaventurada eternidad, y no olvidemos que a este fin nos ha colocado Dios en el tiempo...

29

Empleemos bien el tiempo

Uno de los grandes pecados que podemos cometer es perder los momentos preciosos de tiempo que Dios nos concede para hacer el bien. Por eso el apóstol nos dice: «*Mientras disponemos del tiempo, obremos el bien*» (Gál.6,10).

El célebre obispo Bossuet refiere que el reloj de la escuela a la que él asistió de pequeño, llevaba en la esfera esta inscripción: *Transeunt et imputantur* (que quiere decir: «Las horas pasan y nos son tenidas en cuenta»). Esta inscripcioón le impresionó tanto que le movió a hacer fecundas todas las horas de su vida, llegando a ser muy sabio y virtuoso.

30

«Todo llega, todo pasa... sólo Dios permanece. Tiempo perdido son los minutos, las horas, los días y los años que no hemos vivido para Dios...

Hay que darse prisa, la vida es muy corta, y cada día que pasa es un día más que nos acerca a la verdadera vida» (Hno. Rafael).

Si tuviéramos presente este pensamiento: «¡Se vive una sola vez!», estaríamos haciendo siempre algo útil, estable y constructivo, sin perder un segundo de tiempo, poniendo nuestra mirada fija en lo estable y eterno.

31

Para emplear bien el tiempo es preciso hacer en cada momento lo que Dios nos pide que hagamos en él, evitando siempre la ociosidad, siendo ante todo cumplidores de nuestro deber, de las obligaciones cotidianas que tenemos..., no haciendo cosas reprensibles, sino buenas y estar en estado de gracia para que sean meritorias para el cielo.

El buen empleo del tiempo exige que tratemos de agradar a Dios en todo. Dios no recompensa sino lo que se hace por Él. Si se obra por amor a sí mismo o a las criaturas, se pierde tiempo y trabajo. En vano hacían los fariseos obras buenas: Jesucristo dijo que no recibirían recompensa alguna, porque obraban por complacer a los hombres y no a Dios. Y ¡cuántos méritos se pierden de esa manera!

32

Además es preciso hacerlo todo lo mejor posible. Dice el Espíritu Santo: «Haced con perfección todas vuestras obras» (Eclo.33,15). Hacer las co-

sas con negligencia e imperfección, cuando creemos hacerlas por Dios, es faltar al respeto que a Dios se debe. Mientras más alto es el personaje a quien servimos, mayor perfección debe emplearse en su servicio.

«¿Para quién ejecutáis esa acción?», dijo un día San Ignacio de Loyola a uno de sus novicios negligente en su deber. «Lo hago por Dios», respondió el hermano. «Tanto peor, replicó San Ignacio; si la hicierais por mí, os perdonaría; pero ya que lo hacéis para Dios, no tiene excusa vuestra negligencia y poco celo».

Tomemos la resolución de economizar el tiempo, empleándolo siempre en algo útil; evitando las conversaciones y lecturas frívolas y todo aquello que nos hace malgastar el tiempo. El servidor de Dios debe orar siempre o trabajar o pensar en las cosas que miran a lo eterno; pero jamás perder un segundo de tiempo.

32

El tiempo bien empleado llena el corazón de consuelos... En la hora de la muerte, el buen cristiano dice como San Pablo: *«He peleado el buen combate, he terminado mi carrera y he guardado la fe. Sólo me queda esperar la corona de justicia que me está reservada, y que el Señor, que es el justo juez, ha de darme en aquel día»* (2 Tim.4,7-8).

Si la tierra, dice San Ambrosio os da más de lo que confiáis, mucho mayor de lo que corresponde a lo que habéis hecho será la recompensa de Dios.

¡Un reposo eterno por un momento de trabajo!... Un océano de delicias por una lágrima! Por eso San Pablo dice: *«Los sufrimientos, las penas y los trabajos de la vida presente, no son de comparar con aquella gloria que debe resplandecer un día en nosotros»* (Rom.8,18).

Nuestra vida es un mercado, dice San Gregorio Nazianceno, y si dejáis pasar esta ocasión, ya no hallaréis más tiempo para alcanzar lo que deseáis. Hagamos como los negociantes: examinan las mercancías, las toman a cambio o las compran; se las apropian. El tiempo presente es tiempo de mercado; compremos, pues, y vendamos; hagamos cambios; vendamos la tierra y compremos el cielo...

33

San Bernardo nos dice: «Que no se atreva ninguno de vosotros a desperdiciar un solo momento, perdiéndolo con palabras inútiles. La palabra se escapa, y no puede ya volver atrás: el tiempo vuela, y no puede repararse, y el insensato no ve lo que pierde. Lícito es divertirse, dicen algunos, para hacer que pase una hora. ¡Para hacer que pase una hora! ¡Esta hora que la indulgencia de vuestro Creador os concede para hacer penitencia, para obtener el perdón de vuestros pecados, para adquirir la gracia y merecer la gloria!

¡Es lícito divertirse mientras corre el tiempo, este tiempo durante el que habríais debido excitar la misericordia de Dios, prepararos para la sociedad de los ángeles, suspirar por la pérdida, excitar

vuestra entorpecida voluntad y llorar vuestros pecados!

Nada es tan precioso como el tiempo; pero nada es hoy tan despreciado. El día de la salvación pasa sin que nadie piense en él. Nadie reflexiona que este día perdido no puede volver jamás. Pero, sin embargo, así somo no puede perecer nunca ni un solo cabello de la cabeza, así tampoco ningún momento perdido puede escaparse a la justicia de Dios».

«Huye el tiempo, vuela el irreparable tiempo», exclamaba Virgilio.

34

Para no perder el tiempo recordemos con San Pablo, que el tiempo apremia, y que *«ya es hora de despertarnos de nuestro letargo»* (Rom.13,11). Es la hora de la gracia, de la fe y de la salvación... No lo aplacéis a mañana; el día de mañana quizá no os pertenezca... ¿Sabéis lo que será de vosotros mañana? pregunta el apóstol Santiago. Porque *¿qué es la vida? Un vapor que al momento desaparece»*(4,14-15).

No podemos aprovecharnos del pasado: ya no existe; ni del tiempo futuro, que no tenemos, y quizá no tendremos nunca tampoco; sólo está bajo nuestro dominio el momento presente, momento que se nos escapa como el rayo, momento que desaparece con la palabra...

«El tiempo de dar cuenta a Dios está cerca» (Apoc.1,3). El tiempo es una moneda que Dios puso en nuestras manos para que siempre tuviese

valor y para que pudiésemos comprar los bienes eternos...

35

¿Quiénes hacen buen uso del tiempo?

Los que hacen buen uso del tiempo son los que perseveran en la práctica del bien. *«No dejemos de perseverar en el bien»,* decía San Pablo (Gál.6,9), y a su discípulo Timoteo le recomendaba que se *aplicase a la lectura «de la Sagrada Escritura»* (1 Tim.4,13). Tú, que estás leyendo este libro, en vez de pasar ratos ociosos, dedica, a poder ser, todos los días un rato a leer los Evangelios y demás libros de la Biblia, porque son palabras de Dios, y ellos te irán instruyendo. El que persevera en esta lectura se irá corrigiendo de todos sus defectos y reconocerá mejor el valor del tiempo.

También le decía San Pablo: «Pelea valerosamente por la fe, trabaja para ganar el premio de la vida eterna a la que has sido llamado» (6,12).

Mucho adelantarás en la virtud si dedicas unos diez minutos diarios a la lectura de los Libros Santos...

36

San Bernardo nos dice: «Sembrad en la gracia y cosecharéis en la gloria; sembrad sobre la tierra por el trabajo y cosecharéis en el cielo con alegría. Porque nuestras obras no pasan, y lo que sembramos en el tiempo, queda sembrado para la eterni-

dad. El insensato que no siembra o que siembra mal, quedará lleno de sorpresa cuando vea que una abundante cosecha sale en casa del justo de una abundante y buena semilla.

Sembremos el buen ejemplo con buenas obras; sembremos una grande alegría para los ángeles con suspiros secretos. Sembrad a ejemplo de tantos otros que antes han sembrado; aprovechaos de las semillas que han arrojado para vosotros».

«No conviene, dice San Gregorio, buscar las riquezas, los honores perecederos; si tratamos de buscar los verdaderos bienes, amemos los que no han de tener fin; y si hemos de temer algunos males, temamos los que los réprobos han de sufrir eternamente».

37

¿Quiénes son los que hacen buen uso del tiempo? Aquéllos cuyos días están llenos de virtudes, dice el salmista (73,10): aquellos que van de virtud en virtud (Sal.84,8); los que ejecutan lo que el Señor dice en el Apocalipsis: *«El que es justo sea más justo todavía, y el que es santo santifíquese más»* (22,11), y finalmente aquellos que observan lo que dice el apóstol: «*Andad de tal modo que podáis enriqueceros más y más para el cielo* (1 Tes.4,1). *«Ejercitaos en la piedad»*, es decir, en todas las virtudes (1 Tim.4,7).

Para hacer buen uso del tiempo hemos de evitar el mundo...; huir de los placeres, de las riquezas y honores del mundo...; resistir al demonio...; evitar la vida de sentidos..; evitar ante todo el pe-

cado mortal... evitar en lo posible el pecado venial...; evitar el abuso de las gracias...

38

¿Quién es el que hace mal uso del tiempo y no adelanta en virtud? El tibio, el perezoso espiritual... Y ¿quién es el que retrocede? El que vuelve a caer en pecado mortal... ¿Quién es el que está desencaminado? El que persevera en el mal, quiere perseverar en él y no trata de corregirse. Así, pues, estas tres personas pierden el tiempo. Retroceder en el camino de la virtud, es perderlo completamente. ¡Cuántos hay entre nosotros que se hallan en alguno de estos tres estados!

Todo el tiempo pasado en la vanidad, en la ociosidad, en la tibieza voluntaria, en el pecado mortal, en el amor del mundo y de los placeres criminales, es un tiempo que pertenece a la muerte y no a la vida... Todo el tiempo que damos al mundo, es un tiempo perdido. San Juan Damasceno dice: «No vivimos sino cuando hacemos buen uso del tiempo».

39

Séneca, filósofo pagano, nos da esta lección: «El tiempo es perdido para los que se conducen mal; es perdido para los ociosos, y lo es también completamente para aquellos que hacen lo que no deben hacer. El que se ocupa de bagatelas y frivolidades, no hace nada. Muchos hombres dejan sus ocupaciones y se entregan al descanso, y hacen fútiles las cosas más serias.

¿Envidiais la gloria, los honores o el poder? Es ir a caza de mosquitos. ¿Envidiáis la gula y el deleite? Es coger un insecto asqueroso. ¿Envidiáis ricos vestidos bordados de oro? Es coger telarañas. ¿No son todas estas cosas puras bagatelas? Sin embargo, muchos hombres pierden y consumen en tales nimiedades un tiempo que Dios les dio para merecer la eternidad».

«No nos lisonjeemos, dice San Gregorio Magno, de haber vivido más tiempo que el que hemos pasado en la inocencia y la humildad; porque el tiempo que hemos malgastado en la vanidad del siglo, en los cuidados terrenos y carnales, es un tiempo perdido, que nunca será contado para la recompensa, sino para el castigo».

40

Pensamientos saludables

–En esta vida lo más precioso es el tiempo. *«Mientras disponemos del tiempo obremos el bien»* (Gál.6,10).

–No difieras para mañana lo que puedas hacer hoy (S. Ignacio de Loyola).

–El tiempo pasa volando, ¡y sin embargo deja huellas! (Gar-Mar).

–Ora comáis, ora bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios (1 Cor.10,31).

–Dios nos concede el tiempo para merecer, y por tanto nuestro deber es emplearlo en hacer el bien.

–Los charlatanes son ladrones del tiempo. Los grandes habladores son como los vasos vacíos, que hacen más ruido que los que están llenos.

41

–Siempre conviene obrar bien y no hacer caso de lo que el mundo diga. «Obra bien y nada temas; pero si obras mal, todo puedes temerlo».

–No es fácil contentar a todo el mundo; hagamos lo que podamos y quedemos en paz (Santa Magd. María Barac).

–Suceda lo que suceda, aún en los tiempos más borrascosos, las horas y el tiempo pasan.

–¿Por qué no hemos de aprovechar los buenos momentos; ya que el tiempo pasa tan aprisa? (Beethoven).

–La ocasión es como el hierro, se ha de machacar en caliente. «Las ocasiones ni buscarlas ni perderlas» (J.H.).

–Para emplear bien el tiempo, evita la ociosidad, y «haz con perfección todas tus obras» (Eclo.33,15).

42

–Vivid como si hubiéseis de morir a cada instante, y trabajad como si hubiéseis de vivir siempre (San Jerónimo).

–San Antonio Abad mandaba decir cada día a sus solitarios: «Hoy empezamos a servir a Dios, y tal vez será éste el último de mis días».

–Hemos de considerarnos como peregrinos y

huéspedes sobre la tierra, a semejanza de los Patriarcas y de los justos de la antigua ley (Heb.11,13).

–Siendo nuestra alma del cielo, debe ser extraña en la tierra; debe desear el cielo y encaminarse allí. Jesucristo, para sacarnos de este destierro y llevarnos a nuestra patria, bajó a la tierra, nació en un pesebre, vivió como un extraño, y murió en un patíbulo...

Así es que: El cristiano debe recordar que es extraño en la tierra, y ha de portarse como un extraño... El viajero todo lo ve sin aficionarse a ello, y lo mismo debe hacer el cristiano... El viajero no se detiene en su camino, sino que avanza para llegar al fin de su viaje. Hagamos lo mismo...

El extranjero desea una patria, imitémosle. *«No tenemos en la tierra una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb.13,14).

– – –

Segunda parte

VALOR DEL SILENCIO

43

Tiempo de callar y tiempo de hablar

En el libro sagrado del Eclesiastés leemos *«Todo tiene su tiempo, y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su hora... Hay tiempo de callar y tiempo de hablar»* (3,1.7). *«Si alguno cree ser religioso y no refrena su lengua, seduce su propio corazón y su religión es vana»* (Sant.1,26).

San Buenaventura habla de la necesidad del silencio en la vida espiritual y dice: «No ayuda poco al religioso para alcanzar la perfección la virtud del silencio; pues así como *en el mucho hablar no faltará el pecado* (Prov.10,49), del mismo modo el hablar poco y brevemente sirve para que el hombre se guarde del pecado...».

La Sagrada Escritura alaba el silencio; en él tiene unos pensamientos elevados. *«El que refrena su lengua es sabio»* (Prov. 10,49). El silencio es necesario para la oración; con el silencio es difícil faltar a la caridad» (Hno. Rafael). «En el silencio y el recogimiento el alma hace progresos» (Kempis).

44

Recordemos una bella página del P. Alonso Rodríguez en su libro: «Ejercicio de perfección»: «Los bienaventurados santos y doctores de la Iglesia Ambrosio y Gregorio, tratando de los muchos males y daños que se siguen de la lengua, de que está llena la Sagrada Escritura, especialmente los libros Sapienciales, y encomendándonos mucho la guarda del silencio para que nos libremos de tantos daños y peligros, dicen: Pues ¿qué queréis que hagamos? ¿Habemos de ser mudos? No queremos decir esto, dicen estos santos, porque la virtud del silencio no está en no hablar.

Así como la virtud de la templanza no está en no comer, sino en comer cuando es menester y lo que es menester, y en lo demás abstenerse, así la virtud del silencio no está en no hablar, sino en saber callar a su tiempo y en saber hablar a su tiempo. Y traen para esto aquello del Eclesiastés: *Hay tiempo de callar y tiempo de hablar* (Ecle.3,7).

Es, pues, necesario mucha discreción para acertar a hacer cada cosa de éstas a su tiempo; porque, así como es falta hablar cuando no conviene, así también lo es dejar uno de hablar cuando debería hablar.

45

Palabras de San Isidoro: «Las palabras vanas son índice de una vana conciencia, la lengua revela las costumbres del hombre; y cual es el hablar

tal demuestra ser el alma; porque de la abundancia del corazón habla la boca... No te excedas en el hablar... El río que se desborda pronto acumula lodo, el viento muy fuerte en el mar es peligroso, la cantidad excesiva de las lluvias puede causar daño, el hombre hablador tropieza...

Aprende a decir no lo que te gusta, sino lo que conviene. Discierne qué es lo que has de decir, y qué es lo que has de callar; y sé discreto tanto en el hablar como en el callar...

Evita las conversaciones impúdicas, huye de las palabras deshonestas, no consientas que la malicia se insinúe en tus oídos; la charla ociosa pronto agita a la mente y se hace con facilidad lo que se escucha con gusto».

46

Diversas máximas sobre el silencio

–Soledad, silencio, oración constante en alegre penitencia dan frutos de fecundo apostolado (Pablo VI).

–El silencio no daña a nadie, y romperlo es muchas veces perjudicial (Catón).

–El que no sabe callar, no sabe hablar (Séneca).

–Así como elegís lo que habéis de comer, elegid bien las palabras que habéis de decir... Hablad con obras y no con la lengua (San Agustín).

–El don más precioso y más sublime, sobre todo para la mujer, es el silencio, la modestia y el retiro (San Jerónimo).

–En el silencio es donde podremos realizar la unidad (C. Courtois).

47

–«Guardar silencio» es una frase extraña; es más bien el silencio el que nos guarda a nostros» (Bernanos).

–El silencio es siempre un aliado de la gracia (M. Vloberg).

–El silencio es el elemento en que se forman todas las cosas grandes (T. Coryle).

–Si eres capaz de comprender donde estás, calla (San Isidoro).

–Pero el más discreto hablar, no es tanto como el silencio (Lope de Vega).

–El silencio es la actitud más prudente de quien confía de sí mismo (La Rochefoucald).

–¡Oye la voz del silencio, porque es la voz de tu alma!

48

–El malvado se enreda en pecados de la lengua, el justo se libra de ellos (Prov.12,13).

–Ya me he arrepentido muchas veces de haber hablado, jamás de haber callado (Simónides).

–Las injusticias se respaldan con el silencio cobarde de los buenos.

–Sólo en dos ocasiones has de hablar: cuando sepas de fijo lo que vas a decir y cuando no lo puedas excusar. Fuera de estos dos casos, es mejor el silencio que la plática (Sócrates).

–Tanta dificultad debíamos tener en abrir la boca para hablar como en abrir la bolsa para pagar (San Vicente Ferrer).

–Padecer y callar es el camino más fácil y corto para ser santos perfectos (San Pablo de la Cruz).

49

–Para reformar una casa y aún toda una religión no es necesario más que reformarla en el silencio (V.P.M.Nadal).

–Tratad poco con los hombres por santos que sean, pero tratad muchísmo con Dios... El trato innecesario y superfluo con los seglares es la peste de la devoción (San Pablo de la Cruz).

–El silencio es a veces «una mala respuesta», una respuesta amarguísima.

–Callar de sí mismo es humildad. Callar defectos ajenos, caridad. Callar palabras inútiles, penitencia. Callar a tiempo, prudencia. Callar en el dolor, heroísmo.

–Un varón de la antigüedad llamaba al hombre que no sabe contener la lengua «un establo sin puerta».

–De la misma manera que un horno conserva su calor mientras su puerta está cerrada, el corazón conserva también el amor de Dios cuando la boca no se abre muchas veces.

50

El valor del silencio a la luz de la fe

La Sagrada Escritura alaba el silencio, siendo considerado como «un medio precioso» para la formación, porque acostumbra al individuo al dominio de sí mismo y a la reflexión y le proporciona un clima ideal para la vida del recogimiento, de estudio y de la oración.

El Concilio Vaticano II nos habla de la soledad y del silencio como de algo esencial en la vida contemplativa. El mundo no lo comprende. Uno que vio a una comunidad en silencio, exclamó: Esto es algo «antinatural». Mas no es así, el valor del silencio no se comprende sino a la luz de la fe.

51

El silencio debe guardarse «por un fin sobrenatural», pues en esto estriba su valor. Es necesario saber callar para que Dios hable. Es necesario hablar más con Dios que con los hombres. En el silencio tiene uno pensamientos elevados...

El Hermano Rafael, Trapense, escribió: «El silencio de la Trapa no es silencio..., es un concierto sublime que el mundo no comprende..., es un silencio que dice: No metas ruido, hermano, que estoy hablado con Dios... El silencio es necesario para la oración; con el silencio es difícil faltar a la caridad. El tener quieta a la lengua hace descansar el corazón... Por el alma silenciosa navegan los pensamientos de Dios»...

52

¿Queréis aprender a hablar? Guardad silencio y reflexionad en él lo que tenéis que decir y cómo debéis decirlo... Escuchad, ved, callad y tendréis la paz en el alma. El silencio es el sello del hombre sabio y prudente» (S. Bernardo).

«Antes, cuando nos reuníamos y hablábamos alguna cosa de provecho para nuestras almas, nos elevábamos más y más y subíamos al cielo. Ahora nos juntamos y nos entretenemos en detracciones; y unos a otros nos arrastramos abajo» (Poemen).

El hombre que tiene mala lengua se hiere y se mata a sí mismo. Demóstenes contestó a los que le preguntaban porque tenía el hombre dos oídos, y sólo una lengua: Que era para que el hombre escuchase dos veces antes de hablar una... Este es el pensamiento del apóstol Santiago: «Sea el hombre pronto para escuchar y tardo para hablar» (1,19).

53

«Encadenad vuestra lengua si queréis ser buenos cristianos; porque sin este freno en la lengua, la religión es vana. Los hombres espirituales que han experimentado esta verdad, saben cuanto se debilita la devoción con las habladurías, y cuántos desarreglos introducen éstas en la conciencia» (S. Bernardo).

«Así como el español habla su lengua, y el alemán la suya, etc.; el que tiene un alma celestial habla de las cosas del cielo, y el que es amigo de

la tierra, habla de las cosas mundanas...».

«El que no peca con la lengua es persona perfecta» (Sant.3,2). «Saber hablar es un don de muchos; saber callar, sabiduría de pocos; saber escuchar, sabiduría de poquísimos».

La lengua revela el corazón del hombre. Por esta razón Sócrates a un joven: «Habla para que te conozca». El Eclesiástico lo dice así: «*Antes de oírle hablar no alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre*» (27,8).

54

¿Cuándo se debe callar?

Aparte del silencio riguroso que le impone al sacerdote el sigilo sacramental, a todos se nos ofrecen muchas ocasiones de guardar silencio. Y así debemos callar:

–En la Iglesia, por ser casa del Señor, y siempre que recemos para poder hacer bien nuestras oraciones, o sea con la máxima devoción y sin distracción.

–Cuando la caridad nos dice que con nuestras palabras podemos causar tristeza al prójimo, o cuando se nos ha confiado un secreto al que estamos obligados por caridad o por justicia a no revelar.

–Cuando el amor propio nos inclina a la alabanza y a la jactancia propia... «*No tu boca, sino la ajena sea la que te alabe*» (Prov. 27,2). Debemos, pues, callar cuando nos lo dictan la prudencia, la caridad y la humildad.

55

También debemos guardar «el silencio de la paciencia», cuando se nos acusa injustamente, cuando se nos injuria o se nos calumnia... a ejemplo de Jesús: *Iesus autem tacebat.* Jesús callaba en las horas de la pasión, cuando le despreciaron y le escupieron y se burlaron de Él, y le azotaron hasta parecer, como dice el profeta Isaías, como un gusano y no hombre...

Jesús no se queja y calla, abandonado, como lo hará luego ante los tribunales de Pilato y de Herodes, cuando se le condena y acusa injustamente. Se hubiera podido quejar de la crueldad de los hombres para con Él, para con su Santísima Madre, pero prefiere callar, y de esta manera, dice San Agustín, callando luchó contra los engaños de sus enemigos, y guardando silencio los vence. El silencio de Jesús dice San Ambrosio, fue un *silencio triunfal.*

56

Guardar silencio, cerrar el oído y pasar de largo es lo que nos conviene hacer cuando nos insulten... Es lo que hacía el santo rey David: «*Me hacía el sordo,* dice, *y me hacía el mudo*» (Sal.37,14). Ante una desatención, ante una injuria, aprenderé a no quejarme, contendré mi lengua...

Además debemos callar cuando no es necesario hablar, porque el Señor pedirá cuenta de toda palabra ociosa en el día del juicio (Mt.12,36); y

cuando la urbanidad nos lo impone, vg. cuando otro está hablando, para no interrumpirle: *«El hombre sabio y prudente callará hasta su tiempo; pero el imprudente e indiscreto no guarda tiempo ni coyuntura* (Eclo.20,7). También debemos tener en cuenta que aunque lo que se habla sea bueno, si no se dice a su tiempo, desagrada.

57

Finalmente se debe callar cuando el Reglamento o regla indica en una comunidad la distribución de horas, de estudio, de rezo, de silencio riguroso. Cuando uno sabe observar el silencio ante la señal dada y pone, como suele decirse, punto en boca, y se le ve al momento reconcentrado y recogido, da señales evidentes de saberse vencer en cosas mayores, y se le pueden confiar hasta cargos de importancia; pero el que no se vence en cosa tan pequeña no se puede esperar mucho de él, y su conducta indica ligereza, irreflexión, falta de formación, de presencia de Dios y de vida interior.

«El que reprime su lengua, dice el apóstol Santiago, *sabe regir y gobernar su cuerpo»* (3,2), sus sentidos, la concupiscencia y las diversas pasiones...

58

¿Cuándo se debe hablar?

Podemos y debemos hablar cuando hay que combatir el vicio, cuando hay que llamar la aten-

ción a los malos: *«¡Ay de vosotros, hombres impíos!...»* decía el profeta Isaías. Cuando el enemigo siembre el mal, para descubrirlo, hay que oponerse a su difusión... *«¡Ay del perro que no ladra!»*, dice el mismo profeta... *«Anuncia a mi pueblo sus maldades...». »¡Ay de mí,* dice San Pablo, *si yo no predicase el Evangelio»* (1 Cor.9,16).

«Sea el hombre pronto para escuchar y lento para hablar» (Sant.1,19), pero hable cuando hay que defender el honor, la pureza, la causa de Dios...

59

Sepamos hablar a su debido tiempo, pero ante todo sepamos callar. No olvidemos que para aprender a hablar hay que guardar antes silencio y en silencio reflexionar sobre el fin e intención que nos mueve a hablar, o sea, reflexionar primero qué tenemos que decir y cómo hemos de decirlo. Un filósofo griego, Eurípides, dijo: «La dignidad del silencio es la corona del hombre».

«Medite el hombre muy despacio lo que dice, para que después de haber hablado no le pese». «Procura de hablar palabras de que no te hayas de arrepentir» (S. J. de Avila).

Sepamos, pues, callar; pero veamos que no se trata de callar por callar. Sino en cuanto el silencio es un medio de recogimiento, de vida interior y de una reacción provechosa contra el derramamiento del espíritu y la exteriorización o vida de los sentidos.

60

El hombre para ser hombre, dice un adagio, necesita tres partidas: Hacer mucho, hablar poco y no alabarse en su vida. No debemos perder el tiempo en conversaciones insulsas y estériles, en palabras ociosas, de las cuales Dios nos pedirá cuenta. Donde se guarda bien el silencio, allí está Dios de un modo especial.

El sabio antes de hablar piensa si lo que va a decir vale más que el silencio. El primer aviso que da San Agustín para hablar bien es éste: «La palabra primero ha de ir a la lima que a la lengua; primero se ha de registrar allá dentro en el corazón y limarse con la regla de la razón que salga por la boca»...

San Cipriano dice que así como el hombre sobrio y templado ninguna cosa echa en su estómago sin que primero lo masque bien, así el hombre prudente y discreto ninguna palabra echa de la boca sin que primero la rumie muy bien en su corazón, porque de las palabras no bien pesadas ni pensadas se suelen levantar las contiendas.

61

¿Cómo hemos de hablar? Una de las circunstancias que ponen los santos para hablar bien, es el modo y tono de la voz... Basta que habléis de manera que los que están cerca se puedan entender. Y si queréis decir algo al que está lejos, id allá y decídselo, porque no conviene a la modestia religiosa hablar a voces ni de lejos...

A esta circunstancia del modo de hablar dice San Buenaventura que pertenece también hablar con serenidad del rostro, no haciendo gestos con la boca, encogiéndose o extendiendo mucho los labios, ni mostrando señales en los ojos o arrugas en la frente o en la nariz, ni meneos en la cabeza, ni hablando mucho de manos, que es lo que nos encomienda nuestro Padre en las reglas de la modestia... Y esto, particularmente, es más necesario cuando queremos amonestar o reprender, porque, si esto no se hace con buen modo, se perderá del todo el fruto de ellos. No se enseña la virtud con vicio, ni la paciencia con impaciencia, ni la humildad con soberbia... El aviso y la amonestación han de ser sin aspereza ni ofensión...

62

¿Cómo hemos de hablar de Dios? El que ama a Dios habla de Él; pero como dice San Francisco de Sales, se ha de hablar de Dios con devoción. Estas son sus palabras: «Has de hablar siempre de Dios como de tal Dios, es decir, devota y respetuosamente... No hables nunca de Dios y de la devoción por compromiso o pasatiempo, sino siempre con reverencia y unción; te digo esto para salir al paso de una marcada vanidad que hace presa en muchas personas que tratan de devoción, las cuales a todas horas dicen palabras santas y fervorosas como por entretenimiento y sin pensar lo que hacen; y después de haberlas dicho creen que son lo que sus palabras dan a entender, lo cual no es cierto».

«Los que tienen en su corazón la honestidad y la castidad, que son virtudes angélicas, profieren siempre palabras limpias, educadas y castas».

63

San Buenaventura nos dice: «¿Quieres oír, quieres saber cuántos males salen de la lengua si no se guarda con cuidado? Oyeme y te lo diré: De la lengua salen la blasfemia, la murmuración, la defensa del pecado, el falso juramento, la mentira, la difamación, la adulación, la maldición, la injusticia, la porfía, la burla de los buenos, el mal consejo, el chismorreo, la jactancia, la revelación del secreto, la amenaza indiscreta, la promesa imprudente, la conversación larga, la chocarrería». Esto nos mueve a tener siempre presentes estas palabras: «*El que no peca con la lengua es persona perfecta*».

64

Frutos del silencio

El mismo San Buenaventura habla así de los frutos del silencio: «Una utilidad es que mueve a compunción. El hombre, cuando calla, piensa en sus caminos y tiene tiempo para reflexionar cuántos son sus defectos, cuán escaso en su aprovechamiento, de lo cual viene la compunción.

Otra utilidad del silencio es que demuestra al hombre que es celestial. El argumento es casi infalible. Si está un hombre en Alemania y no habla

el alemán, parece que no es alemán; del mismo modo, el que está en el mundo y no habla cosas del mundo, prueba claramente que no es del mundo. Porque el *que es de la tierra, habla de la tierra*, según dice el Evangelio de San Juan» (3,31).

65

La soledad es necesaria al silencio, «pues nada ayuda tanto al hombre religioso para guardar silencio como huir de la compañìa de los hombres y llevar vida solitaria... y meditar en ella las cosas celestiales...

«Aunque el silencio es necesario a todos los religiosos para la perfección de las virtudes, sin embargo, de un modo particular es necesario a las vírgenes consagradas a Dios y a las siervas de Jesucristo que guardan la disciplina del silencio. Pues de tal modo debería ser preciosa su palabra, de tal manera deberían ser poderosas en sus labios, que nunca hablaran, a no ser en gran necesidad. Por esto dice San Jerónimo: «Sea el hablar de la virgen modesto, raro y precioso; precioso no tanto por la elocuencia como por el pudor». Esto aconsejaba Séneca: «Para la suma perfección quiero que seas poco hablador, que hables raras veces y que hables en voz baja».

66

En consecuencia, dice San Buenaventura: habla pocas veces, poco y brevemente; habla con temor y pudor, y aún más, apenas hables en defensa pro-

pia. Cúbrete el rostro con el velo del pudor, cose tus labios con el hilo de la disciplina, y tu conversación sea corta, preciosa y útil, modesta y humilde».

¡Oh sierva de Dios! habla raras veces y poco, pues *«en la conversación larga no faltará pecado»* (prov.10,19)... Evita las palabras ociosas. Palabra ociosa es la que se dice sin necesidad del que habla y sin utilidad del que oye. Así, pues, es mejor y más útil callar que hablar, porque dice el sabio:

Alguna vez me he arrepentido de haber hablado, mas nunca de haber callado».

¡Dichoso el que no haya pecado nunca con la lengua!» (Eclo.25,8).